
Revista Iberoamericana, Vol. LXXIX, Núm. 243, Abril-Junio 2013, 349-369

CIUDADES REVISADAS:
LA LITERATURA POS-INSULAR DOMINICANA (1998-2011)

POR

MIGUEL D. MENA

Islas, insulares, aislados: para los dominicanos el tema de la *dominicanidad* no es meramente conceptual sino un problema cotidiano. Al definir una noción de pertenencia –a una comunidad, a una historia, a símbolos y normas– también se está perfilando una pregunta por la supervivencia –en el caso de los viajes ilegales a Puerto Rico–, o una noción de autoaceptación –en el caso de no encajar en el perfil del buen dominicano: católico y si no blanco, al menos no completamente “negro”–. Color de piel, aceptación de la imagen propia –de la que el pelo es elemento más sobresaliente–, minorías sexuales, todos son temas que pasan por el filtro de la aceptación o no en torno a un complejo molde llamado “dominicanidad”.

Al estar en una isla y precisar el papel de Santo Domingo en el contexto colonial, caribeño y republicano, poniéndolo todo de frente a los procesos de posmodernidad, hibridación y globalización en los que estamos ya plenamente insertos, nuestras reflexiones zozobrarán en ese maremágnum de visiones que es el corpus de la “dominicanidad” académicamente establecida en el último decenio, ante todo en la academia norteamericana,¹ que es la que dispone de más recursos para promover tales estudios.

Las imágenes de la *dominicanidad* se han sustentado en esa suposición del ser y el estar en función de una definición física de isla: tierra rodeada de agua. Lo que podría ser un dato geográfico en otros ámbitos, en República Dominicana es conciencia de un cuerpo, una movilidad, esa obsesión por disponer de alguna Tierra Firme, la

¹ La mayoría de los ensayos que han intentado ofrecer una panorámica sobre la dominicanidad en la literatura ha sido producida dentro de la academia norteamericana, ya sea por estudiosos como la canónica Doris Sommer (*One Master for Another: Populism As Patriarchal Rhetoric in Dominican Novels*), o por docentes dominicanos como Fernando Valerio Holguín (*Presencia de Trujillo en la narrativa contemporánea*) y Néstor E. Rodríguez (*Escrituras de desencuentro en la República Dominicana*). También hay que destacar el trabajo sociológico de Silvio Torres-Saillant y Ramón Hernández (*The Dominican Americans: The New Americans*) y en la República Dominicana, Andrés L. Mateo (*Al filo de la dominicanidad*).

búsqueda de lo trans-histórico, la percepción del *sí mismo* dentro del contexto caribeño y latinoamericano.² Encontramos así algunas de las claves esquizoides de nuestras autopercepciones históricas: a pesar de ser centro geográfico en el Caribe siempre estuvimos en los márgenes de las metrópolis coloniales, lo que no impidió jugar a veces el centro de las disputas intercoloniales desde finales del siglo XVIII hasta cien años después. Esa sensación de seres aislados y marginales se intentó superar durante la Era de Trujillo (1930-1961) mediante el sobredimensionamiento del pasado, con la idea de que fuimos y tuvimos lo primero de todo lo construido en el mundo colonial, y que por lo tanto, estaríamos insertos en algún plan providencial. Aunque pueda parecer absurdo, uno de los sustentos teóricos del trujillato se sustentó en la idea del tirano como parte del destino dominicano, como fenómeno sobrenatural.³

El trujillato ejerció su fuerza a partir de la noción de *poder pastoral*.⁴ La condición de seres “aislados” llevó a un sobreacentuamiento de la vida en *el afuera*: la calle, los parques, todo el espacio público estaba permeado por los ojos y oídos de la Dictadura. Para acceder al *afuera* de la Isla había que pasar la prueba de fidelidad al régimen. Lo que anteriormente era un fenómeno natural —el viaje como placer o compromiso—, se convirtió en prueba de adscripción al régimen. En ese *afuera* de la Isla se ejercía la oposición al gobierno despótico. La concepción de lo caribeño que desde el siglo XIX

² Las identificaciones de lo *dominicano* pende de esta visión insular. Uno de los primeros ensayistas, el célebre canónigo Antonio Sánchez Valverde, llamaba la atención a finales del siglo XVIII sobre nuestras potencialidades en su ensayo *Idea del valor de la Isla la Española* (1785). Para una visión filosófica de este imaginario insular que ha llegado hasta el siglo XX, véase el ensayo de Fernando Ferrán, “Figuras de lo dominicano”. A partir de “cuatro figuras fenomenológicas”, Ferrán configura su concepción de “la conciencia dominicana”: “la orfandad”, el “criollismo barroco”, el “drama cultural”, y el “pesimismo” (Ferrán 7). La conjunción de semejantes figuras da cuenta parcialmente de la noción de *insularidad* que empleamos. Tanto F. Valerio Holguín como N. E. Rodríguez han potenciado esta concepción: mientras Holguín habla de “posdominicanidad” como “identidad trashumante” que sería evidente, por ejemplo, en “el consumo de marcas a partir de un imaginario globalizado” (“*Emoticons*”), Rodríguez asume los paradigmas de “la ciudad letrada” planteada en los ochenta por Ángel Rama en el libro del mismo título, y se refiere a la “ciudad trujillista” como paradigma de modernidad dominicana (59-84).

³ Véase Acevedo.

⁴ En su célebre ensayo “*Ommes et singulatum*: hacia una crítica de la razón política”, Michel Foucault ha plantado que “el poder pastoral supone una atención individual a cada miembro del rebaño” (*La vida* 272), agregando más adelante que “el cristianismo, por su parte, concibe la relación entre el pastor y sus ovejas como una relación de dependencia individual y compleja” (281). Como señala Hermann Steinkamp, Foucault considera este tipo de ejercicio como una combinación de cuidado y disciplinamiento (28-29), y como “*Einfärbung*” [“coloración”] del poder político-estatal. La consolidación de Trujillo se debió a esta combinación de control sobre la persona y a la educación en la idea de que sólo mediante él se podría lograr cualquier movilidad en el ámbito nacional (=insular), ya fuese física o social: desde obtener un pasaporte o lograr la validación de un título, cada movimiento debía estar amparado en su visión. En fecha tan temprana como 1932 comenzó a imprimirse la célebre *Cartilla cívica*, “Ofrecida por el señor gral. Rafael Leónidas Trujillo Molina, presidente constitucional de la república, con el deseo de ayudar a sus conciudadanos a pensar bien y a proceder de acuerdo con el honor y el patriotismo”.

nos permeaba gracias a la presencia de Eugenio María de Hostos, José Martí o Ramón Emeterio Betances y al intercambio interinsular –el Caribe como bloque histórico–, se fracturó durante el trujillato, con el agravante de que tal exclusión en el contexto insular también llevó a potenciar nociones raciales y religiosas.⁵

El pensamiento y la imaginación *del afuera* ha sido una de las más arraigadas herencias del trujillato. La acentuación de ese estar *afuera* significaba desvalorar lo personal apostando por lo público, lo cotidiano de la persona prefiriendo concebirse como público. De ahí que nuestra creación –en las artes plásticas, el pensamiento y en la literatura– haya estado condicionada por ese marcar cierto cuadro histórico, renegando del yo y sus mediaciones íntimas, trasuntando alguna moraleja o enseñanza, como si la ficción aconteciese solamente en el lado enfrente del sujeto, y no dentro, en él y con él. Dicho sicoanalíticamente, el *ello* del déspota y su Era borraba el *yo* del sujeto. Aún aquellos que trataron en aquellos años de superar los cómodos paisajes rurales y la insularidad colonial, como los escritores agrupados alrededor de la revista *La Poesía Sorprendida* (1943-1947), proclamando “Poesía con el hombre universal”, no lograron constituir su *sí mismo*.

Para acceder a una escritura que reflejase al ser con todas sus contradicciones internas, valoradora de lo pequeño y personal, que asumiera el *yo* con todas sus consecuencias, una especie de *flâneur* tropical, a la manera del Baudelaire descrito por Walter Benjamin en sus *Das Passagen Werk*, tendremos que esperar a dos autores de mediados de los años sesenta: René del Risco Bermúdez (1937-1972) y Miguel Alfonseca (1942-1994). El discurrir de ambos podría considerarse como una suerte de vidas paralelas: fueron combatientes antitrujillistas, sufriendo prisión y torturas; Del Risco fue al exilio, los dos participaron en la Guerra de Abril de 1965, tratando de reponer a Juan Bosch y su Constitución que habían sido depuestos en 1963, apenas con siete meses de experiencia democrática. Los dos, concluida la Guerra, se convirtieron en publicistas y a su manera tuvieron éxito. *El viento frío* (1967), poemario de Del Risco, se convirtió en el símbolo de los nuevos tiempos de posguerra. Acremente denostado por sus contemporáneos, por supuestamente reflejar “la frustración de la pequeña burguesía”, se convertiría sin embargo, en el texto-ícono de la modernidad literaria dominicana. En los cuentos de *El enemigo: relatos* (1970), por su parte, Miguel Alfonseca subrayará los márgenes entre los símbolos latentes del trujillato y la necesidad de un nuevo sujeto social, libertario. Para 1972, Del Risco y Alfonseca desaparecen de la escena literaria. El primero, porque muere en un accidente automovilístico; el segundo, porque se integra a una secta religiosa y se borra de la escena literaria. Sus datos biográficos y su trayectoria literaria corporizan

⁵ La matanza de haitianos en la frontera en octubre de 1937 –el “corte”– y la firma del Concordato con el Vaticano el 16 de junio de 1954, mediante el cual la religión católica se convierte en la oficial dominicana, son expresiones de una misma visión de la dominicanidad trujillista: somos blancos, hispánicos y católicos.



el sino del escritor dominicano: las luchas no sólo con la imaginación sino también –y sobre todo– con las trabas de su medio social, que si bien trataba de superar el *ello* trujillista, sucumbía a la vieja estrategia dictatorial imponiendo un *nosotros* sobre el *yo*.

Los efectos de *El viento frío* sólo comenzaron a revelarse generacionalmente casi treinta años después de publicado. Del Risco y Alfonseca podrían considerarse los fundadores de la modernidad literaria nacional, y al mismo tiempo, se diría que se quedaron como casos únicos en su tiempo. Desde aquellos años sesenta hasta los noventa podría hablarse de la predominancia del gusto por la historia y temas de contenido social, es decir, por una limitada atención a un sujeto marginal. Nuestras letras estuvieron dominadas por temas generalmente estacionados en el *acá* de la Isla: Trujillo, el barrio, los boleros, los principios de la República, el reciclar estrategias discursivas del boom en cuanto al tratamiento de la violencia y lo mágico. El autor de más éxito podría compendiar ese *acá* insular. Me refiero a Marcio Veloz Maggiolo (1936), en una producción literaria que reveló toda la madurez de la *Isla*.⁶

Para marcar la gravedad de estas definiciones de *Isla* tenemos que apelar a la significación de dos años que gravitarían tanto en la vida política y social como en el imaginario dominicano. El primero es 1978, cuando los doce años del gobierno de Joaquín Balaguer concluyen, abriéndose así las esclusas para un tiempo de fundación democrática. Al sacar balance de lo acontecido entre la muerte de Trujillo y el panorama insular en 1980, tendremos que apuntar las drásticas transformaciones de campos y ciudades en el orden demográfico y económico. Si según el censo de 1960 éramos un país rural, con 3.047.070 de habitantes, en 1981 tendríamos casi el doble de habitantes, 5.545.741, sin contar los dominicanos que en ese transcurso de tiempo habían emigrado a los Estados Unidos y Puerto Rico. Pero la figura del viejo dictador dominicano estaba todavía muy fresca, asentándose como tópico por excelencia desde los años ochenta. Diógenes Valdéz (1941),⁷ Pedro Vergés (1945),⁸ Pedro Péix (1952),⁹ entre otros, serán sus exponentes más destacados.

⁶ En relación a la narrativa en torno a la figura de Rafael L. Trujillo, véase el ensayo de Ana Gallego Cuiñas, “La novela del Trujillato en los ochenta o cómo escuchar el silencio”, incluido posteriormente en *Trujillo: el fantasma y sus escritores; historia de la novela del trujillato* (2006). Un ensayo bastante esclarecedor sobre este tema es el de Fernando Valerio Holguín, “Mito y otredad en la Nueva Novela Histórica Dominicana”. Centrado en las novelas *La biografía difusa de Sombra Castañeda* (1984) de Marcio Veloz Maggiolo, y *El reino mandinga* (1986), de Ricardo Rivera Aybar (1940), muestra los límites a los que había llegado la reflexión narrativa en torno al pasado dominicano de la Era de treinta años.

⁷ Véase su novela *Retrato de dinosaurios en la Era de Trujillo* (1997).

⁸ Su novela *Sólo cenizas hallarás (bolero)* (Premio de la Crítica 1980) se ha convertido en la novela dominicana de mayor éxito referida al trujillato.

⁹ Ver su novela *El brigadier o la fábula del lobo y el sargento* (1981), y su colección de cuentos *Los despojos del cóndor* (1982).



El otro año que marca una cesura –hacia el que se dirige el sentido de este ensayo–, es 1998. Estamos frente a un año de rupturas y superaciones, de plena madurez –quizás demasiada– de una visión *insular* de la ficción literaria y el levantamiento de una literatura *pos-insular*. Entre 1978 y 1998, se había fraguado un decir literario donde lo prioritario era recomponer, construir o inventar nuestras marcas de identidad o identificación. El *yo* que Del Risco y Alfonseca habían propuesto a finales de los sesenta se había obviado en razón de un contar sólo lo del *afuera*, como si las necesidades del mercado editorial marcaran el ritmo de personajes y situaciones. Se armaba así lo que Deleuze y Guattari bien podrían denominar nuestra *máquina de rostrificación*:¹⁰ piezas, personas y paisajes que al mirarse mutuamente se formulan en las maquinarias de su actuación *insular*, en ese paradigma de los otros se han construido de nosotros mismos y que nosotros tenemos que reciclar.

Retomando el hilo: en 1998 dos autoras publican sendos libros de cuentos que romperán con los cánones establecidos del sentido común insular. La primera, Aurora Arias (1962), ya se había estrenado como poeta durante la denominada “poesía de la crisis”¹¹ en los años ochenta, pero es con *Invi's Paradise* y *otros relatos*¹² cuando nos muestra los perfiles de un Santo Domingo con personajes y paisajes hasta entonces escasamente considerados. Rita Indiana Hernández (1977), la gran sorpresa de las últimas promociones literarias, publica *Rumiantes*. Y de nuevo volvemos a los caminos paralelos: para dar a conocer su trabajo, Arias y Hernández acuden a medios poco convencionales. *Invi's Paradise* se publicó gracias al apoyo de una “Crítica Canadiense Literaria sobre Escritoras Hispanoamericanas”, mientras que Hernández realizó una edición de autor, de apenas 200 ejemplares.¹³

¹⁰ “Incluso un objeto de uso será rostrificado: de una casa, de un utensilio o de un objeto, de una ropa, etc., diríase que *me miran*, y no porque se parezca a un rostro, sino porque están atrapados en el proceso pared blanca-agujero negro, porque se conectan con la máquina abstracta de rostrificación” (Deleuze Guattari 180).

¹¹ Para una visión de este conjunto de poetas que en los años ochenta fueron asumidos como *poetas de la crisis*, véase mi libro *Para una escritura de la crisis dominicana* (1993).

¹² Sus dos poemarios, *Piano lila* (1994) y *Vivienda de pájaros* (1986), aunque revelaban cierta inquietud por poner en cuestionamiento los órdenes femeninos dentro de una sociedad tradicional, no podrían considerarse relevantes. Por suerte que Arias se decidió por la narrativa, convirtiéndose en una de las principales nuevas voces. Uno de sus cuentos, “Parquecito”, sería traducido al francés e incluido en la antología de Gustavo Guerrero y Fernando Iwasaki, *Les bonnes nouvelles de l'Amérique Latine* (2010).

¹³ En República Dominicana, salvo entre los años setenta y ochenta, en la primera etapa de Editora Taller, no han existido editoriales propiamente dichas, sino imprentas. Si un autor no encuentra apoyo institucional y no dispone de los medios para autopublicarse, difícilmente será editado. Luego de la instalación de editoras multinacionales como Alfaguara o Norma a partir de 1998, el panorama editorial ha comenzado a transformarse. El caso de estas dos autoras es sintomático: ambas, junto a la mayoría de los escritores pos-insulares, primero publicaron sus libros en la República Dominicana en ediciones limitadas, artesanales, por sus propios medios; pero sólo serán reconocidas luego gracias al apoyo de

De los libros publicados entre 1978 y 1998 que habían tratado de superar este canon de miradas insulares dentro de la historia, destacaremos *Aquiles Vargas, fantasma*, de Manuel García Cartagena (1961) y *He olvidado tu nombre*, de Martha Rivera (1960). Galardonada con el “Premio Siboney de Novela” en 1986, la primera, y la segunda, por el “Premio Internacional de Novela” de Casa de Teatro en 1995, las dos exploran universos similares: el testimonio de una generación marcada por el desencanto en torno a los órdenes disciplinantes tradicionales del trabajo, la familia y la política. Deudoras de *Rayuela*, de Julio Cortázar, en su manera de entretener personajes y situaciones, tanto García Cartagena y Rivera se refieren al mismo grupo de amigos, privilegiando el espacio tradicional de la calle El Conde, y pensando en una territorialidad *trans-insular*. Pendientes de una historia muy cercana a los ambientes de *El viento frío*, encantados por la fluidez del consumo, la comunicación y el paisaje que encadilaron los ochenta, García Cartagena y Rivera son narradores testimoniales, en la misma línea que luego seguiría Aurora Arias. Los cuentos de *Invi's Paradise*, sin embargo, aún siguiendo esta estela autobiográfica, remarcaban el aspecto lúdico, zafándose de la especie de terapia colectiva que marcaba a los otros dos autores.

La literatura que surge en 1998 ya no será *trans*, sino *pos-insular*: la relación pasado-presente se salva a favor de una contemporaneidad donde las relaciones son más horizontales y menos trazadas por las voluntades de ejercer una fuerza; las imágenes tradicionales de la Isla –el mar como límite, lo interno e interior del país a partir de sus contrastes con la capital– son sustituidos por una concepción de fluidez en el espacio urbano; se rompe la vieja centralidad y las periferias de las ciudades se transforman nuevos centros. En lo *trans-insular* todavía se opera con la noción de opuestos: lo que está antes y después del departamento de Migración en el Aeropuerto Internacional de Las Américas.¹⁴ En lo *pos-insular*, todo es complementario, sea alguna zona de Haina o Washington Heights. La tendencia es a recrear más un espacio virtual que físico, donde lo importante es la intensidad de las relaciones humanas. Ahora es fluida la relación con las grandes metrópolis, como si el mar en vez de un límite fuese un espacio comunicante. A la centralidad ubicada en la calle El Conde¹⁵ y sus barrios aledaños, topos esencial de

editoras puertorriqueñas, demostrando así las carencias del mundo editorial dominicano, tanto en cuanto a la edición como a la circulación.

¹⁴ En torno a los sentidos de la migración hacia los Estados Unidos, véase la novela *Curriculum, el síndrome de la visa*, de Efraím Castillo (1940). El estudio psicológico que Castillo realiza en esta novela podría leerse como complemento de *Espíritu intranquilo* de Antonio Lockward (1943), donde por primera vez se trata en la literatura dominicana el tema del exilio político en la urbe norteamericana.

¹⁵ Andrés L. Mateo ha apuntado en relación al significado de la Calle El Conde: “En la literatura dominicana El Conde ha pasado de una forma heroica a una forma clásica, y esta espiritualización puede leerse en la insignia alada que es pasear un personaje por esa calle, en la esbeltez de clase que acompaña al entorno, en el brillo histórico y en la pompa que, de todas maneras, es sufrir sintiéndose reflejado en sus vitrinas” (“Santo Domingo” 241). Véase, además, de Miguel D. Mena, los dos tomos de *Poética de la calle El*



la literatura dominicana, se le impone el Santo Domingo que ha surgido desde los años setenta, que triplicará en espacio y habitantes al Santo Domingo de 1960.

A la intensificación de la vida urbana de Santo Domingo, a los nuevos modelos de socialización fundamentados en el consumo, al estado de desagregación política y ampliación de la marginalidad social, se le agrega un factor externo que trastocará las viejas autopercepciones locales: el peso de la comunidad dominicana en el exterior, que consolidará sus perfiles en los años ochenta, convirtiéndose en un motor esencial de la economía criolla. Los “dominicanos ausentes” de los sesenta y setenta se transformarán en “dominican yorks” a partir de los ochenta. Aunque se escapa a los límites de este ensayo, por ahora digamos solamente que a partir de la significación de esta comunidad dominicana en el exterior de la Isla, los viejos principios de dominicanidad han colapsado: la Isla será más una metáfora relacionada con un consumo y un espacio utópico que una realidad física, mientras que el castellano ya no será la lengua exclusiva de los dominicanos. Con más de millón y medio de dominicanos viviendo fuera de la Isla en el primer decenio del siglo XXI,¹⁶ convertida Santo Domingo en la mayor ciudad del Caribe, y aumentando los contactos migratorios y económicos con Europa, integrados dentro de los procesos de globalización gracias al impacto de las comunicaciones, el aumento del sector terciario, la Isla se ha removido de sus márgenes de 500 años.

ESCRITURA POS-INSULAR

A partir de 1998 emerge una serie de autores que han crecido dentro de estos procesos históricos: Juan Dicient (1969), Homero Pumarol (1971), Rita Indiana Hernández (1977), Rey Andújar (1977) y Frank Báez (1978), entre otros. Estamos frente a una *escritura pos-insular*. Al emplear este concepto no se trata de sentar una escuela o una generación. Simplemente se subraya una nueva actitud ante la historia, que será a la vez la concreción de su propio rostro, definición de un ser, un deseo, una cotidianidad ya no marcada por la preeminencia del afuera sino por emergencia de un *yo* consistente, marginal.

Estamos frente a un conjunto de autores con preocupaciones similares y con oficios comunes: rechazo de los postulados de la poética dominante entre los años setenta y los ochenta –que iban desde el clásico concepto de la “literatura comprometida” hasta la

Conde (2005), una antología de poesías y narrativas en torno a esta mítica calle dominicana, compendio de cinco siglos de vida colonial.

¹⁶ “Para valorar el impacto de los procesos de migración y urbanización en esta media isla caribeña, tomemos en cuenta que en julio de 2011 su población era de 9.956.648 habitantes; por su parte, la migración dominicana en los Estados Unidos se proyectaba hacia 2010 en 1.6 millones según datos del Migration Policy Institute (1). Tomando en cuenta la cantidad de naturalizados y los descendientes de primera y segunda generación, podríamos entonces establecer una relación entre los cerca de 10 millones en la Isla y los 2 en los Estados Unidos”.

“poética del pensar”–; asunción del impacto migratorio y los procesos de globalización, potenciando un concepto de ser ya no subsumido en un noción de “deber social”.¹⁷ Son autores multidisciplinares, que se ejercitan tanto en la poesía, el video y el *performance*. Salvo Pumarol, el resto se dedica con igual pasión a la narrativa y a la poesía. Sus fuentes están repartidas por raciones iguales entre la música, la plástica y el cine. Están abiertos a todas las tensiones del ser, privilegiando los espacios laterales de un mundo en permanente yuxtaposición, donde el narco, la especulación y la corrupción vertebran una gramática de una sociedad esquizoide. Por primera vez estamos frente a un conjunto de autores abiertos a las grandes conmociones que han producido las vanguardias de los años cincuenta y los sesenta, desde los *beatniks*, el cine de la *Nouvelle Vague* francesa, hasta la nueva cultura MTV.

En síntesis, *escritura pos-insular*: trascendencia de la Isla, de una Historia en macro, preferencia por los espacios del sujeto en su cotidianidad, y no por los pasillos del pasado o el predominio del afuera, del otro, de “lo otro”. Se procede a liberación de las imágenes tradicionales de “isla”, estando bajo los pies algo firme, frágil y circunstancial, y no sólo el objeto del deseo de las miradas coloniales. Las palmas ya no atrapan ni el mar es un muro. Las tierras firmes de las viejas heroicidades y las figuras con auras ahora son sustituidas por la simpleza del éxito o el fracaso, el amor o el desamor, el *ritornello* del estarse yendo, la sociedad como espectáculo, pensada en los términos situacionistas.

Si pudiésemos armar un rompecabezas con estas narraciones y poemas, podríamos encontrar, ciertamente, viejos tópicos dentro y fuera de la literatura dominicana. Lo que les concederá un valor único a estas propuestas escriturales de los escritores *pos-insulares* será el ritmo del accionar y la sensación de que se entra y se sale del acto literario como si se estuviese accediendo a cualquier pependencia de cualquier esquina del Santo Domingo de ahora. O lo que sería lo mismo: en cualquier esquina se estará “conectado” o se estará en el “aire” o “fuera de onda”. Hablamos de literatura *pos-insular*, en el entendido de una escritura que procesa los usos y abusos de la historia, situándose de paso en una contemporaneidad donde la isla es sólo una condición geográfica, por lo general un lugar de paso, no un límite ni un fin. La isla para los pos-insulares será un marco, un contexto o el fondo de un paisaje, pero no un espacio conclusivo.

La topografía literaria dominicana que había llegado hasta los noventa estaba compuesta por barrios orgánicos, aledaños a la Zona Colonial, donde la calle El Conde operaba como Norte de todas las brújulas, y donde la preocupación más generalizada era determinar las maneras en que se ejercitaba el poder de Estado. Si realizáramos un estudio de la relación tiempo y espacio en esta escritura, podríamos determinar que la

¹⁷ En relación a los postulados de la “poética del pensar” que tiene a José Mármol como su gran teórico, Pedro Granados subraya su insistencia en “un concepto desencarnado de la realidad” y su manera de “enarbolar una tesis más bien esencialista de la Literatura”. Ver su ensayo “Poesía dominicana en tiempo real”.



relación con el espacio urbano era orgánica, definiéndose en función movimientos lineales.

La escritura que comienza a manifestarse en 1998 partirá de un paisaje donde el barrio tradicional estará esfumándose. Los condominios han vencido a las casas unifamiliares. La fuerza que antes se ejercía desde un centro estatal¹⁸ en razón de lo político, ahora se practica a partir de la discriminación o la criminalización de lo que no encaja en los conceptos de lo “normal” ciudadano. Hay temas nuevos: las drogas, el impacto de las tribus urbanas, el sentido del espectáculo, el peso de lo virtual, las percepciones –y construcciones– del sujeto a partir del impacto de los nuevos planos de la comunicación mundial. Estamos frente a una escritura *des-* y *trans-*territorial, donde el sujeto está expuesto a sí mismo y no tanto como efecto del pasado.

No podríamos trasuntar el paisaje que se ha construido desde los noventa y en los que estos creadores han surgido, pero tendremos que tomarlos en cuenta si tratamos el tema de las mediaciones históricas del acto de escritura. Santo Domingo limita sus accesos solares por esa avalancha de torres y condominios, que rellenarán de cemento lo que antes era un acceso a lejanas montañas. Lo que hasta los años ochenta fue un mundo todavía de ir a pie, de repente se verá atravesado por el celaje de autos y “yipetas” que no se sabrá a dónde o por dónde irán. En la plástica, la música y las letras se crearán líneas convexas en permanente choque, reflexionando sobre los mismos temas: las nociones de prestigio de la nueva clase media, la informalidad y celeridad de los ascensos sociales. En los trabajos del artista visual Raúl Recio, la pintura de José García, las propuestas del Colectivo Shampoo,¹⁹ se reflexionará sobre la parafernalia y alcances de esta nueva cultura *light* dominicana. Un referente esencial tanto de estos artistas como de la literatura que surge tras 1998 es el músico y compositor Luis Terror Días (1952-2009). Estamos ante quien será uno de los paradigmas esenciales de estas propuestas *pos-insulares*, no sólo por el alcance de sus composiciones, sino también por el efecto de sus teorías sobre el peso del trujillato y todas sus derivaciones y vigencia en la sociedad dominicana. Y no sólo como creador, sino también como persona al alcance de la mano de ese Santo Domingo intenso desde los años setenta hasta su muerte en el 2009. Sin temor a exagerar podría decirse que lo *pos-insular* escrito en República Dominicana ha sido tocado o por la voz o por la sombra de Luis Terror Días, por Martha Rivera en *He olvidado tu nombre*, por Aurora Arias en el cuento que le da título a *Invi's*

¹⁸ En relación al papel del centro histórico y la manera en que el mismo es un dispositivo compactante del autoimaginario nacional, tenemos presente lo planteado por Giandomenico Amendola: “El centro urbano es la base, el punto de partida y verificación de la formación de la imagen de la ciudad. Puesto que, en tanto factor de creación de la imagen de la ciudad, el centro representa a la ciudad entera, el éxito de una ciudad reside justamente en la capacidad de su centro urbano de proponerse como el precipitado de los aspectos positivos de la ciudad entera” (32-33).

¹⁹ A raíz de la selección de Shampoo para participar en una colectiva sobre arte caribeño en el Museo del Brooklyn (ago. 2007-enero 2008), escribí un texto donde reflexionaba sobre las propuestas de la dominicanidad de siglo XXI de este colectivo de artistas (ver “La dominicanidad”).



Paradise, quien recrea parte de su rico anecdotario, y por la laureada novela de Junot Díaz (1969), *The Brief Wondrous Life of Oscar Wao*,²⁰ donde también emerge la figura del renovador de la música dominicana.

A pesar del peso de estos textos y temas, todavía no se dispone de un corpus conceptual en torno a esta última corriente de la literatura dominicana. Hay esfuerzos significativos, como el de los críticos Rita de Maeseneer (*Encuentro*) y Néstor E. Rodríguez (*Escrituras*) que abordan libros significativos, entre otros, como la novela *La estrategia de Chochueca*, de Rita Indiana Hernández,²¹ o *Invi's Paradise y otros relatos*, de Aurora Arias. Por otro lado, hay textos que no han merecido la atención de la crítica, posiblemente por lo limitado de sus ediciones o por los problemas típicos de circulación de las editoriales alternativas. Ejemplares de esta biblioteca velada son los cuentos de *Rumiantes* (1998), de Hernández, como hemos visto, y *Summertime* (2005), de Juan Dicent. También habría que mencionar a uno de los poetas más consistentes de esta propuesta literaria, Homero Pumarol y su *Cuartel Babilonia* (2000), luego refundido en *Second Round* (2003).

Estos textos tienen como elemento sobresaliente su carácter testimonial. Seguramente sea éste el rasgo más acusado de los escritores *pos-insulares*: el escribir como acto de rehacerse, la transcripción de la memoria como otra manera de recuperar la felicidad o volcar el dolor, como constancia del proceso en que el ser se constituye, llamando la atención sobre las temperaturas emocionales por las que ha atravesado el sujeto. Para hablarse a sí mismo el autor dará cuenta de su medio. Los *pos-insulares* establecen un nuevo sentido de urbanidad, vivido y constituido a escala humana, aunque con la conciencia de haber heredado un espacio restringido que bien podría resumirse en el concepto de la Ciudad Trujillo que fue Santo Domingo entre 1937 y 1961. Si antes de 1998 la ciudad era Santo Domingo, y estaba centrada y dispuesta sólo en función de la ficción histórica, a partir de ahora se constituirá en su simple vida cotidiana, sin los *grandes relatos* que como la Guerra de 1965, Trujillo o Balaguer la timbraban.

Al mismo compás Santo Domingo ha dejado de ser el centro y el resto de las ciudades dominicanas habrán perdido su perfil rural. La expansión del capital financiero ha integrado dentro de sus variables el resto de las grandes ciudades dominicanas, devorando sus centros históricos, barriendo con la arquitectura tradicional en función de los nuevos edificios corporativos, y adaptando paisajes y ritmos de vida a la voracidad del nuevo capitalismo.

²⁰ Junot Díaz: "The week before, she and the Gangster had finally managed to meet in one of the first love motels in the capital. The one run by los chinos, about which Luis Díaz sang his famous song" (162). Rita Indiana Hernández: "Y todas las orquestas juntas comenzaron a tocar (piensen en la cantidad de trompetas, trombones y saxofones) el principio de *Baila en la Calle* y *Fernandito*, antes de empezar a cantar, voceando para encaramársele encima a la música, dijo: esta canción se la dedico a su autor, el maestro, Luis Terror Díaz" (*Papi* 34).

²¹ Sobre la faceta performancera de Hernández, ver el enjundioso trabajo de Celiany Rivera-Velázquez.



La escritura *pos-insular* le ha prestado gran atención a estas transformaciones urbanas. Identificándose con este espacio, ha trazado la manera en que la celeridad, el consumo y la aglomeración establecen un ritmo a veces fatal. En los cuentos de *Ciencia succión* y la novela *Papi* de Rita Indiana Hernández hay una facturación continua de este Santo Domingo donde todo rueda, donde la Isla cabe en el auto y el mundo anda sobre ruedas. Pero Hernández, al igual que Aurora Arias y Frank Báez, están concentrados en el espacio capitalino. Juan Dicient será el autor que nos permitirá percibir la Isla más amplia, comparando los desarrollos tanto de Santo Domingo como del resto del país. Lo hace a partir de un espacio que conoce y sufre, porque ha crecido allí, estableciendo de paso una especie de triángulo con Santo Domingo y Nueva York.

Los desarrollos urbanos en la República Dominicana tienen una importancia caribeña, porque obligan a resituar los conceptos tradicionales con que se ha planteado la caribeñidad. Las teorías con tendencias cubano-céntricas de un Antonio Benítez Rojo²² a la hora de explicar el Caribe, por ejemplo, muy apegadas a los restos del mundo colonial y a los enfrentamientos con los imperios, le cederá paso a un nuevo panorama social: un conjunto de países de frágiles economías terciarias, más pendientes de la migración y las remesas que de reclamos nacionalistas, donde la informalidad de la especulación y el narcotráfico han reformulado ciudades, paisajes, estilos de vida y niveles de consumo.

Mientras el impacto de estas *territorializaciones* del capital—formal e informal—ha reformulado estructuras y sentidos del país dominicano, las líneas de desarrollo en el resto del Caribe han sido más acompasadas. Ni La Habana, como tampoco San Juan de Puerto, Kingston o Puerto Príncipe, para sólo hablar de las otras grandes capitales caribeñas, se han visto tan intervenidas en el primer decenio del siglo XXI en sus estructuras como Santo Domingo al calor de los procesos de internacionalización del capital.

Los cuentos de *Summertime*, de Juan Dicient, nos permiten acercarnos a estos nuevos ámbitos del sujeto dominicano, y al mismo tiempo, esbozan la nueva temperatura urbana de este país caribeño de cara al siglo XXI. Y lo hacen a partir de dos espacios paradigmáticos, el de Santo Domingo y el de Bonao, la ciudad natal del autor. Con el trazado de los ritmos de estas ciudades podremos valorar los sentidos en que el sujeto se constituye dentro de una visión *pos-insular*. Para percibir las coordenadas de este desarrollo urbano—al mismo tiempo, del sujeto y su letra—, estableceremos una estrategia genealógica en el sentido utilizado por Michel Foucault: no buscando relaciones causales ni concibiendo la historia como línea, sino destacando la pertinencia de los fluidos que unifican, disocian y conforman territorialidades.²³ Pero antes de acceder a las propuestas dicentianas en torno al espacio urbano *pos-insular* dominicano, pensemos las imágenes

²² Véase *La isla que se repite*.

²³ “La genealogía, como el análisis de la procedencia, se encuentra por tanto en la articulación del cuerpo y de la historia. Debe mostrar al cuerpo impregnado de historia, y a la historia como destructor del cuerpo” (Foucault, *Microfísica* 14-15).

y usos que ha tenido la ciudad de Bonao en la literatura dominicana. Ello nos permitirá apreciar los márgenes de lo *insular*, pudiendo luego diseccionar, epistemológicamente, nuestras propuestas alrededor de lo *pos-insular*.

PASADOS INMEMORIALES, FUTUROS DESMEMORIADOS:

Ubicada en el centro de la Isla, Bonao surgió con la colonia de La Española (1495) como punto medio de la ruta que conducía desde el enclave de la Isabela en el Atlántico y la ciudad de Santo Domingo frente al Mar Caribe. Cerca de imponentes vistas como las de Vega Real más al norte, en las inmediaciones de las minas de oro de Cotuí en su este, Bonao se convirtió en zona neurálgica de la Colonia, tanto por la centralidad geográfica como por el oro. Ahí ubica Manuel de Jesús Galván, en su novela *Enriquillo* (1882), además, la zona de asueto del Comendador Ovando: “como en los últimos tiempos no le agradaba sino residir en el Bonao, o en Santiago [...]” (140).

Abandonada La Española en aquellos siglos XVII y XVIII –denominados como de “miseria colonial”–, Antonio Sánchez Valverde destaca en 1785 la ciudad y la zona por su riqueza gastronómica: “Que el *Bonao* abundaba de Casabe, Maíz y otras vituallas” (104). Debido a su posición geográfica, se convierte en referente de distancia, como atestigua la décima de Juan Antonio Alix “Al Gobierno provisional de la República” (1903):

Formando un solo partido
Se encuentra todo el Cibao,
Desde Masacre al Bonao
Como ya es bien sabido. (6)

Desde el último cuarto del siglo XIX y hasta 1916, se convierte esta zona en espinoso punto de choques intercaudillistas, debido a su importancia en la geopolítica local. Juan Bosch la convierte en uno de los escenarios por excelencia de su novela *La mañosa* (1936):

Era en las altas lomas de Bonao, hacia el sur; aquéllas son tierras negras como el hierro, de tan tupida vegetación que el sol cae muerto de cansancio sobre los recios árboles antes de poder besar el suelo. (130)

Durante la Era de Trujillo (1930-1961) uno de los hermanos del dictador fundará una radioemisora local, La Voz del Yuna (1943), que tres años más tarde trasladará a Ciudad Trujillo y la convertirá en la radio-televisora estatal, denominada como La Voz Dominicana.

Con la desaparición de los Trujillo, Bonao pierde principalía en el contexto cibaenío y se convierte desde principios de los sesenta en un pueblo más dentro de la geografía



rural dominicana. Hasta entonces ha vertebrado una especie de historia paralela y confluyente con la capital dominicana. Ha sido pueblo minero, centro vacacional, zona de revuelta, pueblo-camino-correa de transmisión de fluidos. Bonao es un concepto donde el tiempo siguiente fagocita al anterior. Cada uso vive en su mundo cerrado. La historia no será una línea, sino elipsis conclusiva, continuidades segmentadas, un disponer de esa sensación de neuralgia permanente como aquel cuerpo sin órganos de Deleuze. Bonao es un desierto maquínico, que se sustenta gracias a su capacidad de compactar territorios diversos –por algo es el centro–, pero que al mismo tiempo no contendrá un *sí mismo*, algo propio, que lo impulse.

Lo que desde los años ochenta comienza a particularizar a Bonao tanto en la realidad social como en la ficción literaria es su producción de materiales alucinógenos. En *He olvidado tu nombre*, la novela de Martha Rivera:

Un fin de semana alucinamos con los hongos alucinógenos. Los compramos en Bonao y la primera vez que los usamos fue en una hermosísima casa de Jarabacoa, propiedad de la familia de Martín. (58)

De igual manera, el poeta Homero Pumarol, nos confirma el nuevo sentido de Bonao en su poema “Luis Wolina is back”:

Luis Wolina dejó temprano la oficina,
Dijo que no se sentía bien,
Se montó en su carro negro de abogado
–un Ford Falcon Futura del 68–
y tomó la autopista Duarte en dirección a Bonao,
donde recogería unos Hongos. (*Cuartel* 19)

A este Bonao percibido desde el *afuera*, como zona de paso o de apropiación, Juan Dicent le integra una visión desde el *adentro*. Con esa lectura/escritura de ese *adentro* trascenderá la visión santo-domingo-céntrica de la literatura dominicana, mostrándonos por lo demás nuevos aspectos en la facturación del ser, el sujeto y sus espacios significativos.

“BONAO REVISITED” O EL SUJETO POS-INSULAR SEGÚN JUAN DICENT

Nacido en 1969 en Bonao, trasladado a Santo Domingo en esos finales de los ochenta tan caldeados por la vuelta al poder de Balaguer (1986), Juan Dicent confiesa que comenzó a escribir a los veintiocho años. Luego de estudiar Administración de Empresas y de dedicarse a la publicidad dentro del Colectivo Shampoo, emigra hacia el 2006 a Nueva York. Dará a conocerse gracias al Colectivo Shampoo –que se embarca por



primera y última vez en una empresa editorial con la publicación de su libro de relatos *Summertime* (2005), más tarde reimpresso y corregido²⁴ por las editoriales Santiago Arcos Editor (Buenos Aires, 2007) y Universos Narrativos (Asturias, 2010).

Al igual que los textos de Arias, Hernández y Báez, los de Dicent se fundamentan en lo testimonial, diferenciándose, sin embargo, por su orientación desagregativa. Es decir: mientras el sentido común de su generación dicta la noción de pertenencia a grupos, Dicent se orienta por el camino de la anomia, el desarraigo, de abstraerse de las definiciones en uso y orientarse más bien en un proceso de disolución de las adscripciones. Si la mayoría resalta espacios para escanciarse en lo lúdico, en nuestro autor hay una noción cada vez más intensificada de disolución.

“Después del divorcio” es un cuento ilustrativo de los procesos de disolución familiares intensificados en República Dominicana a partir de 1961. Al espacio relativamente firme del trujillato, con un espectro familiar fundamentado más en la noción de seguridad que en la de afectividad, le siguió un desgarrado proceso de redefiniciones de roles. Las corrientes migratorias, tanto internas como hacia los Estados Unidos, jugaron un papel decisivo, en tanto la mujer comenzaba a integrarse dentro de la fuerza laboral. Nueva York se convirtió en una verdadera Meca. “Después del divorcio”, como el resto de su narrativa, es cortante en su prosa, preciso en sus imágenes, no dado a escarceos paisajísticos. Dicent da cuenta de estos procesos de reposicionamiento de papeles familiares, reflejo a su vez de la crisis económica. La historia en sí no es novedosa (una familia feliz que comienza a desmembrarse a partir del despido del padre):

Llegué a casa de Mamita de ocho años. Después del divorcio mamá se fue para Nueva York y papá le dijo que si se iba no se quedaría con los muchachos. Así que yo me fui para Bonao con la familia de mamá y José se quedó en la capital con la familia de papá. (11)

Lo destacable es la manera en que tensa una historia por lo demás lineal, en breves e intensos rasgos. Aquí estamos ante uno de los aspectos más definatorios de la literatura *pos-insular*: su principio constructivo de situaciones y personajes. A diferencia de los autores más destacados de los años setenta y ochenta —Armando Almánzar, Marcio Veloz Maggiolo, Pedro Vergés, René Rodríguez Soriano y Pedro Péix—, los *pos-insulares* han asumido una tradición más del lado norteamericano *beatnik*: breves descripciones y economía de medios, acentuamiento del primer plano y mayor ritmo en la elección del cambio de planos. La clave de estas percepciones y su excepción está en la concepción del texto dentro de un trabajo multidisciplinario donde los medios audiovisuales son esenciales. Dicent, Hernández, Báez, Pumarol, han asimilado por igual literatura, cine,

²⁴ *Summertime* ha sufrido un proceso de reestructuración. Tres cuentos fueron eliminados de la versión española: “Summertime”, “Ein Traum”, y “El cobrador”, e igual número de textos fueron agregados: “Borges y yo”, “A dog’s post” y “Segunda postal a Telémaco”.

música. Nacidos con el *walkman* y los videojuegos, crecidos en las territorialidades que creó el rock en español y las extensiones de la vida nocturna, la heroicidad de entonces se repartió entre las locuras de los amigos y la noción de infinitos que así se revelaba.

Vale la pena recordar la saturación que representó para la creación literaria el balaguerismo de los doce años (1966-1978) y el miedo transmitido a los que nacieron en ese lapso. Hasta 1978 las diez de la noche era la hora límite socialmente aceptada para moverse sin grandes riesgos. No sólo el miedo a las calles, por el terror político, jugaba un papel, sino también las limitaciones del consumo, en una sociedad donde lo rural y lo urbano estaban equilibrados. El imaginario se circunscribió a una temporalidad y espacialidad reducida. Cuando no era la valoración del pasado histórico –en la narrativa de Veloz Maggiolo, Vergés o Péix–, fueron embarcaciones salidas de los antiguos mares sarteanos o del reciente *boom* latinoamericano –en los más viejos, como Virgilio Díaz Grullón (1924-2001), o en los más recientes, como Antonio Lockward Artilles y Almánzar–.

Esa ausencia de espacio público *contemporáneo*, ese remitirse a una realidad previa y alejada de las decisiones del sujeto, privilegiando los mitos históricos, fueron las vallas que los *pos-insulares* lograron salvar nomás comenzada su aventura literaria. Frente a la ciudad monocéntrica del Conde y en los héroes, se levantaron los multicentros de la periferia: el barrio Invi de Aurora Arias, los Jardines en *The Brief Wondrous Life of Oscar Wao* (2007) de Junot Díaz. Si estableciéramos una geografía urbana en la literatura dominicana desde 1961 hasta el 2011, advertiríamos que este cambio de paradigmas urbanos tiene que ver además con una ampliación en la noción de sujeto y de emergencia de los grupos primarios que se impusieron a las antiguas nociones de “pueblo”, “barrio”, “país”.

El Bonao de Juan Dicient cataliza estas energías desestructurante de las antiguas ficciones. En esa ciudad hay una especie de destino trágico. A ella se accede como respuesta a un divorcio que a la vez es presión laboral. Bonao no contiene, entonces, una función nutricia, acogedora. En “Después del divorcio” Dicient realiza una conexión que será vital, entre Bonao y Nueva York. Ya vemos: Santo Domingo no es centro y el antiguo “interior dominicano” se vincula directamente con las metrópolis. Juan Dicient transcribe en su ficción el destino de miles de familias inmigrantes que desde Bonao u otros *interiores* insulares se han afincado en New Jersey o Madrid. Pero la intención no es etnográfica o de denuncia, como podría esperarse. Dicient traza un cuadro pero en su prosa no hay conclusiones o moralejas. Trazador de rostros y de gestos, los finales serán abiertos porque ya el nacimiento estuvo marcado por el desarraigo. Asimilando estas imágenes de desmontaje de viejos sentidos, Juan Dicient traza una visión nihilista del devenir:

Yo sentía que la vida que vivía era una especie de parada en la carretera para buscar galletas y queso, que pronto la guagua seguiría su camino. Tenía la sensación de no



estar donde estaba, tal vez por eso soy así, con miedo a hacer planes, a aferrarme a algo o a alguien. Me siento un paria. (12)

Pero si “Después del divorcio” traza un paisaje de desarraigos del sujeto a partir de su ser *in-between* entre Bonao y Nueva York, “Bonao revisited” es una crónica ácida de los procesos de reconfiguraciones urbanas en el país dominicano. Estamos frente a una crónica de estas cruentas transformaciones urbanas de finales de siglo xx y la desacralización de aquellos nombres, imágenes o espacios que se habían asentado históricamente y que ahora había que reposicionar:

La guagua, perseguida desde la entrada a Bonao por 900 motoconchistas, rémoras recogiendo las virtudes de una ballena, me dejó en la parada de la calle Duarte. Todos los pueblos dominicanos tienen una calle Duarte:²⁵ sucia, manchas de aceite en el asfalto, agua negra en los contenes, miles de personas caminando de arriba para abajo esperando un platillo volador que toque a Lou Reed y los salve de la miseria y el aburrimiento. (119)

Para el sujeto *pos-insular*, el pasado no es un referente emotivo. Los discursos históricos que fundamentaban la idea de nación se diluyeron por la carencia de correspondencias morales. La patria fue el negocio. La liberación ya no sería un fenómeno colectivo, sino un salvar el yo de la tradición autoritaria. Los viejos héroes de la izquierda, en ese arco que comenzaba con el antitrujillismo y concluía con los luchadores anti-balagueristas, se evaporaron en ese día a día de los años noventa, porque no comprendieron la pertinencia de los que habían nacido en otras esferas.

Desengañados con las formas de organización tradicionales—los partidos políticos—, insatisfechos con los conceptos de orden social—porque el orden dependía de quién tuviera más—, la familia, la carrera, entre otros espacios y papeles sociales, también perdieron su capacidad de compactar y generar aspiraciones. Si en los ochenta hubo crisis, en los noventa se impuso el desencanto. Luego de resituar este pasado en la anomia cotidiana, de ver que el Padre de la Patria ya no era referencia sino un nombre más, entre otros, Dicient delinea planos del nuevo paisaje de la pos-modernidad *a la dominicana*, cuando lo rural se esfumó en los ochenta y el nuevo caballo de fuerza

²⁵ La figura del Padre de la Patria, Juan Pablo Duarte (1813-1876), es otro tropo significativo dentro de los procesos de revisión crítica de esa dominicanidad moderna y autoritaria heredada del trujillato. En *La estrategia de Chochueca*, Rita Indiana Hernández inicia el cuarto capítulo de la siguiente manera: “La ciudad en llamas es un sueño que siempre tengo, el de un fuego apocalíptico que se come a Santo Domingo. Hay otro en el que la isla se hunde por aquello de Duarte. Nadie me cree cuando les digo que arde, que los fuegos llegan a los techos del Alcázar de Colón y que el Obelisco es una inmensa vela ennegrecida” (47). Hernández hace referencia a una de las frases más recordadas de Duarte: “Nuestra Patria ha de ser libre e independiente de toda Potencia extranjera o se hunde la isla”, aseveración que no tomaba el dato curioso de que no somos una isla, sino su mitad.

será la motocicleta. Al principio, medio de transporte y de trabajo, las motocicletas o “motores”, simplemente, se convertirán en los nuevos lápices marcantes o lacerantes dentro de los principios territoriales en entornos como los de Bonao.

En los ochenta surgió un nuevo dominicanismo: *motoconchismo*, la motocicleta como medio de transporte público.²⁶ Los efectos multiplicativos del nuevo objeto serán amplios. Económicamente asequible, se convirtió en medio de trabajo. Crecidos los entornos urbanos, agilizó la movilidad pública. Limitados los accesos a la economía formal, se convirtió en el nuevo paradigma de la pequeña empresa. Su crecimiento a su vez conllevó al desarrollo de toda una rama de servicios que acabaron reconfigurando el espacio urbano del interior dominicano. El idilio rural que podía contener Bonao se difuminó con el nuevo paisaje que subrayaban las motocicletas, ya fuese en su versión pública de motoconchismo o en la privada. Parecía cumplirse, por una parte, lo que planteara Paul Virilio en torno a los principios de celeridad y de poder, como continuación de los principios de caza y exterminio.²⁷ Al mismo tiempo, mostraba el rostro de un país económicamente sumergido en el sector servicio. Para hablar de los nuevos paisajes urbanos en República Dominicana la presencia de las motocicletas será ineludible. Juan Dicent nos describe un Bonao-paradigma de la nueva urbanidad dominicana en el siglo XXI:

La avenida Circunvalación, antes amparada por la sombra de inmensos framboyanes rojos y amarillos, hoy hierve de ventas de repuestos para vehículos Hondas, Yamahas, Sangyangs, Daihatsus.

Nadie cultiva un jardín. Nadie se enamora en el parque. Todos los caballos han huido. ¿Quién desea vivir en un pueblo caricatura de ciudad? Aquí la delincuencia, el ruido y la inmundicia van mano a mano con la capital, pero no aparece Vodka Stolishnaya, pero no hay librerías, pero pides pancakes y te sirven harina El Negrito. (119-20)

La estela dejada por los motoconchos configura rutas, territorios, reformulando los paisajes urbanos. Los parques, antiguos espacios públicos para la socialidad y el verde, pierden sus viejas definiciones, porque ya no son puntos de asimilación, sino máquinas de paso. Ya no son espacios para la intimidad o para el contacto social, sino espacios de concentración de fuerzas vehiculares. Ahora la intimidad y lo social se concentra en los espacios interiores de la casa y la familia.

La ciudad de la escritura *insular* estaba centrada, dominada por el espacio público e impregnada de un principio de socialidad. Los mitos fundacionales de la nación en el

²⁶ El concepto ha llegado incluso a la novela francesa. En *Les dollars des sables*, Jean-Noël Pancrazi convierte al *motoconchista* en uno de los héroes de su narración sobre los enclaves turísticos en la costa norte de la Isla.

²⁷ “Geschwindigkeit bedeutet Fortsetzung der Jagd, der Mobilmachung und der Vernichtung” (Virilio, *Der negative Horizont*, 37).



siglo XIX o los proyectos colectivos de transformaciones sociales permitían acentuar el aspecto racional, las voluntades políticas, agenciando un sentido de colectividad fuerte.

La ciudad *pos-insular* vive del desencanto que implica la falta de proyectos, la concepción de que la felicidad siempre será individual y pasajera, y la conciencia de que el sujeto ya no se agotará encuadrándolo dentro los viejos discursos nacionales, simplemente porque ya no habrá adscripción a una tierra, a un destino. La escritura *pos-insular* ha descubierto las venturas y desventuras del ser en tiempos donde los referentes identitarios se han globalizado. O ha luchado a partir de los principios de orfandad en Rita Indiana Hernández o Juan Dicient; o ha desmontado las consignas populistas y autoritarias del nacionalismo, como en Homero Pumarol y Frank Báez; o ha situado la doble moral y la violencia de la dominicanidad barrial, como en Rey Andújar.

En su narrativa –en los cuentos de *Rumiantes* y *Ciencia succión*, y en su novela *Papi*–, Hernández toca como un *gong* la historia del padre obsesionado por los autos y que luego desaparecerá víctima de una sórdida historia en la ciudad capital dominicana, Nueva York. En su cuento “La casa mamey”, Juan Dicient traza un preciso cuadro de la expansión urbana de Santo Domingo y la manera en que la corrupción y el abuso también es una máquina territorializadora. En la novela *El hombre triángulo*, Andújar vuelve a tópicos como el de los locos y la vida en los márgenes, revelándonos una imagen donde el cielo ya no es el local sino el de cualquier país del tercer mundo. Pumarol y Báez hilvanan los sueños y pesadillas de una generación que no se quiere seguir ahogando con la sombra de las torres nacionalistas, prefiriendo reírse de sí misma a tener que ver la ciudad desde los *penthouses* de la corrupción o el narco.

Desde 1998 la República Dominicana se está escribiendo *pos-insularmente*. Los sueños ya no están atrapados en las palmas y los mares que nos rodean. El *yo* al fin se ha levantado, y anda.

OBRAS CITADAS

- Arias, Aura. *Invi's Paradise y otros relatos*. Santo Domingo: Cielonaranja, 1998.
- Arias, Aurora. *Piano lila*. Santo Domingo: Editora Búho, 1994.
- _____. *Vivienda de pájaros*. Santo Domingo: Editora Gente, 1986.
- Acevedo, Rafael. “Fe y religiosidad en época de Trujillo”. *Hoy* 1 junio 2010: 7C.
- Alfonseca, Miguel. *El enemigo: relatos*. Santo Domingo: Brigadas Universitarias 2, Departamento de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1970.
- Alix, Juan Antonio. *Décimas*. Selección y prólogo de Joaquín Balaguer. Santo Domingo: Librería Dominicana, 1961.
- Amedola, Giandomenico. *La ciudad postmoderna. Magia y miedo de la metrópolis contemporánea*. Marisa García Vergaray y Pablo Sustersic, trads. Madrid: Celeste Ediciones, 2000.



- Andújar, Rey Emmanuel. *El hombre triángulo*. 2003. San Juan de Puerto Rico: Isla Negra Ediciones, 2005.
- Benítez Rojo, Antonio. *La isla que se repite*. Hanover: Ediciones del Norte, 1989.
- Bosch, Juan. *La mañosa. La novela de las revoluciones*. Santo Domingo: Editora Alfa y Omega, 1974.
- Castillo, Efraim. *Curriculum, el síndrome de la visa*. Santo Domingo: Editora Taller, 1982.
- Deleuze, Gilles, y Felix Guattari. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos, 1994.
- Díaz, Junot. *The Brief Wondrous Life of Oscar Wao*. Nueva York: Riverhead Books, 2007.
- Dicent, Juan. *Summertime*. Santo Domingo: Shampoo, 2005.
- Ferrán, Fernando. "Figuras de lo dominicano". *Ciencia y Sociedad X/1* (enero-marzo 1985): 5-20.
- Foucault, Michel. *Microfísica del poder*. Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría, ed y trad. Madrid: Ediciones de La Piqueta, 1980.
- _____. "Omnes et singulatim: hacia una crítica de la razón política". *La vida de los hombres infames*. Madrid: Ediciones La Piqueta, 1990.
- Galván, Manuel de Jesús. *Enriquillo. Leyenda histórica dominicana*. Introducción y notas de Pedro Henríquez Ureña. Buenos Aires: W. M. Jackson, Inc., 1946.
- Gallego Cuiñas, Ana. "La novela del Trujillato en los ochenta o cómo escuchar el silencio". *Hipertexto 6* (Verano 2007): 3-13.
- García Cartagena, Manuel. *Aquiles Vargas, fantasma*. Santo Domingo: Editora Taller, 1989.
- Granados, Pedro. "Poesía dominicana en tiempo real: 'El que fuera secreto mejor guardado del Caribe'". <http://circulodepoesia.com/nueva/wp-content/uploads/2009/06/galeria_poesiadominicanatiemporeal.pdf>. 7 sept. 2001.
- Guerrero, Gustavo, y Fernando Iwasaki. *Les Bonnes nouvelles de l'Amérique Latine*. París: Gallimard, 2010.
- Hernández, Rita Indiana. *Ciencia succión*. Santo Domingo: Amigos del Hogar, 2002.
- _____. *La estrategia de Chochueca*. 2da. ed. 2004.
- _____. *Papi*. 2004. San Juan: Ediciones Vértigo, 2005.
- _____. *Rumiantes*. Santo Domingo: Riann Editorial, 1998.
- Lockward, Antonio. *Espíritu intranquilo*. Santo Domingo: Colección El Puño, 1966.
- Maeseneer, Rita de. *Encuentro con la narrativa dominicana contemporánea*. Frankfurt: Vervuert, 2006.
- Mateo, Andrés L. *Al filo de la dominicanidad*. Santo Domingo: Librería La Trinitaria, 1996.
- _____. "Santo Domingo en la literatura". *Santo Domingo. Elogio y memoria de la ciudad*. José Chez Checo, Marcio Veloz Maggiolo y Andrés L. Mateo. Santo Domingo: CODETEL, 2002. 237-341.

- Mena, Miguel D. "La dominicanidad según el Colectivo Shampoo". *Global 3/21* (marzo-abril 2008): 44-50.
- _____. *Para una escritura de la crisis dominicana*. Berlín-Santo Domingo: Ediciones en el Jardín de las Delicias, 1993.
- _____. *Poética de la calle El Conde*. 2 vols. Santo Domingo: Ediciones Cielonaranja, 2005.
- Migration Policy Institute. "The Dominican Population in the United States: Growth and Distribution." Septiembre 2004. <http://migrationpolicy.org/pubs/MPI_Report_Dominican_Pop_US.pdf>. 14 mayo 2011.
- Pancrazi, Jean Noël. *Les dollars des sables*. París: Gallimard, 2006.
- Péix, Pedro. *El brigadier o la fábula del lobo y el sargento*. Santo Domingo: s. n., 1981.
- _____. *Los despojos del cóndor*. Santo Domingo: Editora Taller, 1982.
- Pumarol, Homero. *Cuartel Babilonia*. Santo Domingo: Edición del autor, 2000.
- _____. *Second Round*. Santo Domingo: Ediciones Cielonaranja, 2003.
- Risco, René del. *El viento frío*. Santo Domingo: Offset Dominicana, 1967.
- Rivera, Martha. *He olvidado tu nombre*. Santo Domingo: Casa de Teatro, 1997.
- Rivera Aybar, Ricardo. *El reino mandinga*. Santo Domingo: Taller, 1987.
- Rivera-Velázquez, Celianny. "The Importance of Being Rita Indiana-Hernández: Women-Centered Video-, Sound-, and Performance-Interventions within Spanish Caribbean Cultural Studies." *Globalizing Cultural Studies: Ethnographic Interventions in Theory, Method, and Policy*. Cameron McCarthy et al., ed. Nueva York: Peter Lang, 2007. 205-27.
- Rodríguez, Néstor E. *Escrituras de desencuentro en la República Dominicana*. México: Siglo XXI, 2005.
- Sánchez Valverde, Antonio. *Idea del valor de la Isla Española*. 2da. ed. anotada. Ciudad Trujillo: Editora Montalvo, 1947.
- Sommer, Doris. *One Master for Another: Populism as Patriarchal Rhetoric in Dominican Novels*. Lanham: UP of America, 1983.
- Steinkamp, Hermann. *Die sanfte Macht der Hirten. Die Bedeutung Michel Foucaults für die Praktische Theologie*. Mainz: Grünewald, 1999.
- Torres-Saillant, Silvio, y Ramón Hernández. *The Dominican Americans (The New Americans)*. Westport, CT: Greenwood Press, 1998.
- Valdez, Diógenes. *Retrato de dinosaurios en la Era de Trujillo*. Santo Domingo: Edita-Libros, 1997.
- Valerio Holguín, Fernando. "Emoticons de Aurora Arias: condición post-dominicana, identidades trashumantes e iconos de emociones". <www.lamar.colostate.edu/~fvalerio/Arias.doc>. 4 julio 2011.
- _____. "Mito y otredad en la Nueva Novela Histórica Dominicana". *Murales, figuras, fronteras. Narrativa e historia en el Caribe y Centroamérica*. Patrick Collard y Rita de Maeseneer, eds. Madrid-Frankfurt: Editora Iberoamericana, 2003. 93-108.

- _____. *Presencia de Trujillo en la narrativa contemporánea*. Santo Domingo: Editora Universitaria, Universidad Autónoma de Santo Domingo, 2006.
- Veloz Maggiolo, Marcio. *La biografía difusa de Sombra Castañeda*. Santo Domingo: Taller, 1984.
- Vergés, Pedro. *Sólo cenizas hallarás (bolero)*. Barcelona: Ediciones Destino, 1981.
- Virilio, Paul. *Der negative Horizont. Bewegung, Geschwindigkeit, Beschleunigung*. Frankfurt: Fischer Verlag, 1995.



